

La voz de las comunidades

La mujer indígena es la más afectada por la minería

Minerva Vitti*



FUNDACIÓN MUJERES DEL AGUA

Nicole Marcel es francesa pero habla rapidito un español muy fluido. Llegó a Venezuela hace veinte años “porque la Gran Sabana la eligió”. Ella trabaja en la Fundación Mujeres del Agua, una organización compuesta por un grupo de mujeres rurales, indígenas y no indígenas, que promueven su participación en pro de la defensa de los derechos socio-ambientales

a Fundación Mujeres del Agua se registró oficialmente en el año 2009 aunque desde hace tiempo realizaba un trabajo social en la comunidad de El Paují, ubicada en el municipio Gran Sabana del estado Bolívar.

El Paují es un pueblo mixto formado por indígenas de la etnia pemón, y no indígenas (venezolanos y extranjeros). Con aproximadamente 400 habitantes, es un sitio que no tiene horario y en el que hasta hace poco no había ni teléfono ni Internet. Sus habitantes vivían en comunión con la naturaleza, con buenas experiencias educativas y culturales, hasta que en 2006 se desbordó la minería en la zona, trayendo muchos problemas y desplazando a muchos miembros de la comunidad.

Ante esa situación un grupo de mujeres, que tenían años conociéndose, comienzan a organizarse. Lo primero que hicieron fue un museo que se llamó Kunayewi, que significa casa del agua, y comenzaron a explicar a la población cuál era el impacto de la minería, el derecho a tener agua limpia y el derecho a la salud.

“Yo hice mucho trabajo a nivel comunitario y las mujeres siempre estaban en la casa. A mi me molestaba como mujer el hecho de no poder relacionarme con ellas, entonces ahí empecé a traer más mujeres indígenas al grupo, hacíamos tejidos y siempre hablábamos de los problemas del pueblo y sobre cómo podíamos solventarlos”, explica Marcel.

Pronto se dieron cuenta que tenían minas porque el capitán indígena, de aquel momento, estaba vendiendo los ríos a los mineros. “El modus operandi era el siguiente: los mineros buscaban un capitán indígena y agarraban un indígena común como testafarro. Si uno denunciaba eso en el Mibam, (antiguo Ministerio de Minas), ellos decían: ‘Si nosotros no tenemos autorización del capitán indígena nosotros no nos metemos con eso’”.

Desde la fundación entendieron que una forma de luchar era teniendo una mujer en la ca-

pitanía indígena. La elegida fue Carmen Raquel Benavides, pero cuando dijo que no quería más minas en su pueblo e intentó negociar con ellos empezaron a intimidarla de todas las formas posibles para que renunciara a su capitanía e hicieran una capitanía aparte. “Eso nos llevó a darnos cuenta que las mujeres necesitaban tener una formación integral para asumir esos cargos, para resolver las cosas dentro de su comunidad, no solo con la denuncia. De ahí comenzamos a hacer proyectos para formar lideresas y a organizar encuentros de mujeres. Se llamaban Encuentro de Lideresas de la Gran Sabana”.

Los encuentros comenzaron en El Paují, y posteriormente en Kavanayen y Kumarakapay, mejor conocido como San Francisco de Yuruani. Estos espacios les permitieron identificar a las defensoras indígenas y realizar lo que hasta ahora es el principal proyecto de la fundación: los talleres de formación de lideresas. Actualmente el trabajo se ha extendido a Uaiparu, Las Agallas o Karapaurai, San Gerónimo y Playa Blanca; y acompañan entre cien y trescientas mujeres al año.

En la fundación son doce mujeres, entre ellas, Elba Benavides, presidenta de la organización. También pertenecen a la Unión Latinoamericana de Mujeres (ULAM).

EL PROBLEMA MINERO NO ES SOLO AMBIENTAL, SINO SOCIAL

La mayoría de las minas se encuentran en Ikabaru y Los Caribes, pero progresivamente se han extendido hacia Uaiparu y Playa Blanca. Hace diez años alcanzaron El Paují y desde hace tres años empezaron en el Parque Nacional Canaima, en Iboribo o Mantopay, cerca de Kavanayen, en las orillas del parque en Uroy Uaray o al pie del Auyan-tepuy.

Hace varios años introdujeron denuncias en la Fiscalía pero se cansaron de hacerlo porque cuando *milagrosamente* enviaban una comisión de la guardia nacional o del Ministerio de Ambiente, alguien les avisaba a los mineros y estos sacaban las máquinas.

A causa de la contaminación y del uso incontrolado del mercurio se evidencia una propagación de diferentes enfermedades como asma, bronquitis y alergias cutáneas.

La malaria o paludismo es frecuente debido a los pozos de agua que quedan al extraer el oro. Marcel explica que más del 80 % del paludismo está en el estado Bolívar: “Además es recurrente, se cura mal, se hacen mal los tratamientos, hay casos de niños que nacen con la enfermedad, niños de 12-13 años que han tenido cuatro o cinco veces paludismo”.

Otras enfermedades como la leishmaniasis y las úlceras en la vagina también están presentes. Marcel cuenta con preocupación que en la comunidad de Parkupi, que está más adentro, hablan

mucho del SIDA, muertes violentas o asesinatos: “Los cuentos que te echan de las matanzas que ocurren dentro del sector 7 son bárbaros porque hay muchísimos brasileros metidos allá dentro”.

También hay prostitución, altos índices de alcoholismo, abandono escolar, porque los niños y docentes trabajan en las minas: “El tejido social de la comunidad se va poco a poco perdiendo. Ya la gente no quiere ir a los espacios de *cayapa* o *mayú* (trabajo comunitario)”.

TIERRAS PRODUCTIVAS

A partir del año 2010 la fundación decidió empezar a asesorar y crear proyectos económicos para las mujeres, como la recuperación productiva de áreas intervenidas por la minería. Marcel cuenta que lo productivo es crear un conuco, que es la hacienda tradicional de los indígenas, y comparte las ventajas: primero, las mujeres tienen un sitio donde sembrar ya que tradicionalmente el hombre era el que *tumbaba* el conuco, es decir, talaba la selva para que la mujer sembrara y cuidara, y la minería ha hecho que esta práctica se pierda. Segundo, se brinda una seguridad alimentaria porque el casabe y la yuca están más caros y cada vez hay menos comida porque todos están en la mina. Tercero genera un reconocimiento de la mujer.

Una de las mujeres con las que trabaja, sacaba oro y cuenta que los hombres compraban alcohol con toda la venta del mineral. Ahora, por ser una de las líderes de este proyecto ha ganado más respeto de parte de los hombres: “Siempre han sido nuestros planes de trabajo tratar de mejorar nuestras estrategias para que ellas puedan empoderarse, porque son las que más sufren con la minería. Si el río está sucio ellas tienen que lavar ropa; si los niños se enferman ellas los tienen que cuidar; la prostitución, la destrucción del hogar por el problema del alcohol, quienes más se quejan de esos cambios son ellas”.

Otra anécdota que comparte esta activista es que un día transportaba en su carro a una de las mujeres del proyecto, con su esposo. Se detuvieron porque el señor iba a comprar algo en la bodega y este le pidió el dinero a la mujer. Marcel se alegró mucho porque tiene seis años trabajando con ella: “Ella logró eso dentro de su pareja. Que él entendiera que: ‘está bien, te voy a dar tanto para que te vayas a echar los palos, pero el resto es para la casa’. Muchas veces hablo con los hombres porque les tengo confianza, porque son mis vecinos, ¿ves?, yo sí les digo, ¡cónchale! cómo es posible que ella todavía esté lavando a mano, cómprale una lavadora aunque sea. Es la manera de entrarles. La manera es dialogando y con la mujer para que ella, poco a poco, pueda tener la fuerza para hablar con el hombre”.

* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.